

Simposio “El humor en la ciencia”

Antropóloga Raquel Bialik

Introducción

Se repartió una cédula con reactivos o preguntas abiertos (as), cerrados (as), simbólicos (as) sin reactivos o sin preguntas, al 100 por ciento de la comunidad científica del país.

¿Que cómo que al 100 por ciento? Sí. Miren ustedes: pensamos que ya que el tema del simposio era “El humor en la ciencia”, las dos únicas categorías humanas que podrían haber asistido esta tarde al evento eran: o bien aquellos con humor, o bien, los científicos.

Ya que se les notaba que no tenían el más mínimo sentido del humor, inmediatamente quedaba desechada la hipótesis que dicho grupo pudiera ser el de los humoristas, *ergo*, tenía que ser el de los científicos.

Bueno, partiendo pues de este dato fidedigno y sujeto a comprobación fáctica, pasamos a extrapolar los resultados de este estudio preliminar al resto de la comunidad científica nacional —y, por qué no decirlo— y quitándonos falsas modestias podríamos incluso abarcar a la comunidad internacional y, con las adaptaciones pertinentes, aún a la comunidad científica extraterrestre.

Decíamos, extrapolar los resultados de esta muestra representativa ya que, conoces a unos cuantos de estos científicos, y ya los conoces a todos.

Pues bien, debemos decir que después de haber sido piloteada, corregida y finalmente aplicada nuestra encuesta a 100 por ciento del que recién hablábamos, ninguno nos devolvió su cuestionario contestado.

¿Qué en ningún lado se especificaba que debía ser devuelto?

Bueno, quizá tenga razón, pero eso podría representar tan sólo un pequeño sesgo, sin gran significancia estadística. La varianza estriba en que yo tenía expectativas al respecto, lo cual aumenta simplemente mi frustración dentro de mi praxis científica.

De cualquier manera y siguiendo el método inductivo, y aquí sigo *strictu sensu* su definición e iré de lo particular a lo general: en particular pienso que el estudio podría demostrar: a) que los científicos aquí presentes trataron en general de boicotear nuestra investigación, disprobando con esto que existe un acercamiento interdisciplinario, o bien, b) podría quedar explícito que el científico no tiene humor.

Pero si partimos de esta última premisa y llevamos meses preparando este simposio al que fueron invitados renombrados científicos mexicanos justamente para hablarnos del Humor en la ciencia, podría ser pues, una hipótesis prematura.

Ellos tendrán, a continuación, que probar o disprobar cualquiera de ellas o cualquier otra que les inquiete el día de hoy.

Pero quisiera proponer un instrumento de medición que objetivamente pueda informarnos acerca de este complejo síndrome. Lo llamo el “carcajómetro”. El término podría inducirles a pensar que proviene del vocablo “carcajada”. No es muy falsa vuestra apreciación. En parte, sí. Pero también viene del término “carcaj”.

Sí, como todos ustedes saben, está tan en boga la Teoría de las endorfinas, yo quisiera ponerme a tono y proponer la hipótesis de que internamente (y, sitúenlo ustedes físicamente donde sientan que más les cosquillea por dentro cada vez que largan una carcajada) repito, que internamente poseemos una caja de resonancia o “carcaj” que estimula y pone en movimiento toda una serie de mecanismos anatómo-fisiológicos, mentales, auditivos, emocionales, sociales, etc. que desembocan finalmente en lo que popularmente se denomina “la carcajada” y que puede ser un signo, o bien, un síntoma del humor.

Medita usted por favor al respecto, analicen objetivamente y autoevalúen su conducta durante las próximas dos horas. Si su carcajómetro interno supera las 3,547 señales, quiere decir que tienen ustedes algún sentido del humor y quiere decir también que nuestros ponentes no nos han defraudado y, por lo tanto, que “El humor en la ciencia” ¡existe!

Y ahora, dos palabras sobre el humor.

El humor —ya fueron dos palabras y aún no he dicho mucho, así que, siguiendo todo el rigor científico que impone esta particularísima y celebrísima ocasión, tomaré dos minutos y 18 segundos más de su tiempo y en 372 palabras (favor de constatar y contarlas si acaso desarrollaron cualquier duda respecto al quantum de la aseveración)— diré que, para muchos, como Freud (1905) y Grotjahn (1957), el humor constituye una fuerza liberadora y creadora, mientras que para otros, como Platón (Filebo), el humor hace salir a la superficie todo lo feo y destructor.

Lo que es un hecho, es que, a través del humor quedan en suspenso las reglas de lógica, de tiempo, de lugar, de la realidad y de la conducta razonable.

El humor es un proceso eminentemente social, y en cuanto experiencia compartida, hace más fácil entre otras la regresión y reduce la ansiedad. Prácticamente todas las sociedades han creado formas institucionales de humor, con el fin primordial de que sirvan de expansión y de control social. Un ejemplo extremo de esa forma institucional de humor lo encontramos entre los Esquimales de Groenlandia, en donde las querellas se resuelven muchas

veces mediante “duelos jocosos”. Cada uno de los contendientes armado sólo de un tambor con el que se acompaña, recita una serie de insultos humorísticos y de chistes obscenos para ridiculizar a su contrario. El que consigue provocar mayores risas en el auditorio es el vencedor. El que pierde es humillado hasta el extremo y, a veces, se ve obligado a destrerrarse.

El humor es una especie de “metacomunicación” que nos da licencia para apartarnos de la realidad y de lo convencional. La agresividad, la obscenidad y el absurdo están permitidos por un momento. El humor se reviste de cierta inmunidad y permite libertades de otro modo proscritas.

El chiste, pues, sirve de disfraz a los deseos prohibidos y cuando la reflexión intelectual retira dicho disfraz, acaba con el humor. Explicar un chiste es destruirlo y cuando el chiste es demasiado claro, pierde gran parte de su gracia.

¿Pueden entonces compaginarse estos dos fenómenos: el Humor y la Ciencia?

Esto quedará probablemente contestado al finalizar nuestra reunión de esta tarde. Pero lo que, sin duda, sucederá, será que el hecho mismo de que un grupo de personas más o menos afines estemos compartiendo la experiencia del humor, promoverá una cierta solidaridad, dará la oportunidad de ridiculizarnos mutuamente, reducirá sentimientos de ansiedad y, sobre todo, servirá de válvula de escape en estos momentos de tensión por los que todos —en mayor o menor grado— estamos pasando.

“Palabra, ciencia, humor y etcétera”

Rebeca Slomianski
Conacyt

En la interpretación de los hechos pueden existir confusiones. ¿Cómo verán los científicos de un futuro a los actuales? Algo así como ahora concebimos las antiguas culturas.

Nuevos descubrimientos en las ruinas del Instituto Tecnológico de California en la antigua Pasadena y de Ciudad Universitaria en pleno centro de Nuevo Distrito Federal (Fig. 1), permiten dar un paso adelante en nuestro conocimiento acerca de los científicos del siglo XX. Estos descubrimientos redondean el